

DISCURSO PRONUNCIADO POR LA DOCTORA ELISA GARCÍA BARRAGÁN, DIRECTORA DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ESTÉTICAS, EN LA INAUGURACIÓN DEL NUEVO EDIFICIO DEL INSTITUTO, EN EL CONJUNTO DE LA CIUDAD DE LA INVESTIGACIÓN

Señor Rector, Doctor Jorge Carpizo, distinguidos miembros del Presidium, compañeros universitarios.

El 1º de febrero de 1935, el Instituto de Investigaciones Estéticas inició sus tareas con el nombre de “Laboratorio de Arte” en un rincón del edificio de San Ildefonso: un salón con modestísimo mobiliario ubicado en el tercer piso del Patio Chico de esa hermosa fábrica colonial. Los objetivos del incipiente centro eran los de revelar y difundir, a través de la expresión artística, el ser histórico y la fisonomía cultural de México.

El Laboratorio de Arte surgía gracias al entusiasmo de Manuel Toussaint, quien ya llevaba alrededor de veinte años de interesarse en el arte mexicano. El propio Toussaint relató muchas veces que fue un poderoso aliciente para fortalecer su idea de fundar ese centro la presencia en México —en 1934— del muy ilustre investigador español Diego Angulo Iñiguez —cuya pérdida hemos tenido que lamentar muy recientemente—, presencia que al decir de Toussaint, “marcó una nueva etapa para la investigación del arte en nuestro país, pues los investigadores nacionales se relacionaron con sus colegas españoles”.

En diciembre de ese año, Toussaint inicia con gran pasión los trámites para crear el Laboratorio, que debería nacer a semejanza del que en Sevilla gobernaba Angulo. Se dirigió al entonces Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, doctor Fernando Ocaranza, exponiéndole la necesidad y motivos para la fundación del laboratorio; aducía que ese Centro de Arte “será el Instituto de donde salgan los futuros historiadores de nuestro movimiento plástico. Allí tendrán no sólo los elementos de trabajo, sino que adquirirán la disciplina y el método preciso para que sus obras alcancen los requisitos de seriedad y validez que se necesitan en esta clase de trabajos”.

Años eran aquellos en que bastaba un oficio del Rector al Tesorero de la Universidad para poner en marcha un nuevo departamento. La comprensión de Ocaranza hizo así de fácil la tarea, y el Laboratorio de Arte, como ya se dijo, dio principio a sus trabajos el 1º de febrero de 1935.

No hubo en ese origen ni ceremonia ni discursos, como los hubo al ser instalados otros institutos; sólo un escueto oficio del director al rector, en el que se señalaba la planta de investigadores, bien reducida por cierto, cuatro en total: Manuel Toussaint, como director y jefe del Laboratorio, y los profesores investigadores Rafael García Granados, Luis MacGregor y Federico Gómez de Orozco. El laboratorio de arte, escribiría Toussaint, “Nació pobre pero de noble abolengo, pues fue apadrinado por el Laboratorio de Sevilla, cuya meritísima labor es reconocida en el mundo entero”.

El Laboratorio de Arte nacía de dinero escaso pero con timbre de nobleza académica, con un plan de dilatada visión, y rápidamente se transformaría en Instituto de Investigaciones Estéticas, a principios de 1936, bajo la dirección del poeta Rafael López.

Los avatares por los que atravesó la Universidad en 1938 ocasionaron el cierre de la sede del naciente Instituto, pero no frenaron las actividades de su personal académico, al que se habían unido Justino Fernández y Manuel Moreno Sánchez. Reabierto el Instituto, éste encontró albergue, primero en la garita del ex-cuartel de San Ildefonso que pertenecía a la Escuela Nacional de Jurisprudencia y, después, en el tercer piso de la misma.

Algunos de los maestros que vivieron esa época comentaban:

La casa del Instituto, más bien un galerón, tenía varios balcones a la calle; al fondo un modesto sofá y dos sillones para los visitantes, luego el escritorio del maestro Toussaint, director fundador del Instituto, al lado, el de Justino Fernández, el de la secretaria Luz Gorráez Arcaute, y en el otro costado los de Federico Gómez de Orozco y Rafael García Granados, Salvador Toscano, José Rojas Garcidueñas, Vicente T. Mendoza y Francisco de la Maza.

En dos pequeños estantes con vidrio y llave se guardaba toda la biblioteca del Instituto, y en unas cuantas cajas fotografías y diapositivas.

De ese sitio del que Francisco de la Maza decía lo molesto que resultaba “subir y bajar aquella horrible escalera del anexo de leyes, con su ambiente militar de las garitas de la puerta y luego la de caracol a la azotea”, el Instituto se marchó a una casa porfiriana en la calle de Argentina número 17, situada en el que muy pronto dejaría de ser el alegre y concurrido barrio universitario. Edificio al que De la Maza defendería años más tarde —sin suerte— con su habitual vehemencia y valentía, no sólo por su hermoso patio y por ser ejemplo arquitectónico de la época, sino también, qué duda cabe, por haber sido sede del Instituto.

De Argentina 17, se haría el cambio a la Ciudad Universitaria en 1953. Para esos años el Instituto de Investigaciones Estéticas tenía ya una tradición de incansable y trascendente labor.

A casi dos décadas de su fundación, el Instituto había dado ya frutos magistrales: los tres tomos sobre Arte Mexicano: el Precolombino de Salvador Toscano, el Colonial de Manuel Toussaint y el Moderno y Contemporáneo de Justino Fernández; veinte números de su revista *Anales*. En literatura novohispana, las aportaciones de José Rojas Garcidueñas fueron de importancia, al igual que las publicaciones de Vicente T. Mendoza en folklore, por sólo recordar a algunos de aquéllos que nos han dejado la viva presencia de su trabajo.

Con el cambio a la Ciudad Universitaria, se puede decir que comienza la transformación de la Universidad de una Universidad elitista a una Universidad más abierta, en donde se esperaba una labor más extensa con expectativas de alcanzar un mayor rango académico en el ámbito de un *campus* más digno.

En la torre I de Humanidades hemos estado trabajando por más de treinta años; la responsabilidad era grande y así fue entendida por quienes hemos laborado en esta etapa. Las áreas de trabajo se ampliaron y a las iniciales investigaciones sobre arte prehispánico, colonial, moderno, contemporáneo y literatura, se añadieron los estudios sobre teatro, música, danza, cine y arte popular. Desde la atalaya de la citada torre, se mantuvo y se ha continuado la vigilancia sobre nuestro patrimonio artístico y, gracias a esa atención, mucho de él pudo ser preservado. Pero si la torre fue en sus comienzos un recinto apropiado, pronto el Instituto requirió de más espacio. Biblioteca y Archivo fotográfico se acrecentaron considerablemente, pasando a ser ambos de los más completos en América Latina; por razón natural la planta de su personal académico también aumentó considerablemente: 33 investigadores y 32 técnicos académicos. De igual manera, la producción y alcances del Instituto se han magnificado; tiene éste en su haber más de trescientas publicaciones.

Hoy se nos hace entrega de este nuevo edificio, mismo que compartiremos con el Instituto hermano de Investigaciones Históricas. Esta construcción —obra apreciable del arquitecto Enrique Carral Icaza— es fruto del empeño grande del señor Rector Jorge Carpizo, a quien mucho agradecemos.

Jorge Carpizo, como el humanista que es, no concibe a la Universidad sin el vigoroso puntal de las humanidades, pues sin ellas es indudable que la institución quedaría trunca, menguada su naturaleza y restringida su trayectoria; por eso mismo —pese a la crisis—, el Rector se dio a la tarea de seguir dotando de las infraestructuras necesarias a nuestra Universidad, creando la Ciudad de la Investigación en Humanidades, proyecto integral y complemento magnífico de la inicial Ciudad Universitaria.

Sin sacrificio de otras necesidades prioritarias de la UNAM, el Rector Carpizo supo arbitrarse los modos para ir dotando de edificios más decorosos a su ciudad, para darle a la investigación en humanidades el estímulo que para el trabajador académico creativo tiene que significar el contar con espacios cómodos para la realización de sus afanes.

En este recinto espléndido los apoyos académicos, biblioteca y archivo fotográfico, tienen sus locales más convenientes, con adelantos en los que quizá no nos atrevíamos antes a pensar. Ahora sí podemos decir con orgullo que se trata de los mejores de América Latina. Toda esta amplitud y bienestar para cumplir las tareas acrecienta aún más el compromiso que tenemos con nuestra Universidad, no sólo en estos tiempos de crisis, sino para siempre.

Todo lo hasta aquí dicho demuestra que estamos orgullosos de nuestro pasado; esperamos que aquéllos que comenzaron con tan poco estén también conformes con lo que después de su partida se ha llevado a cabo.

No es vano el que compartamos el edificio con el Instituto de Investigaciones Históricas; estamos persuadidos, con el señor Rector, de que esta unión cada día más consolidada permitirá satisfacer en el trabajo la esperanza que tenemos sobre el futuro del país, al que se puede contribuir con las investigaciones que tengan como fin la valoración de nuestra historia política, social, artística y literaria. Éste es un momento crítico en el que arte e historia no pueden estar separados. Es la ocasión oportuna de realizar el esfuerzo conjunto para que la identidad de nuestro país moderno se mantenga sin olvido de nuestra tradición y pueda vincularla al presente.

Mi gestión como directora al frente del Instituto de Investigaciones Estéticas se inicia en coincidencia con la inauguración de este edificio. En él trabajaremos muchos años, y yo exhorto a mis colegas a que nos entreguemos plenamente a nuestras tareas de investigación; en mí tienen una compañera siempre dispuesta a servir a los intereses de este Instituto. Hemos cumplido ya más de medio siglo, y por ello el Instituto no puede sino continuar realizando una labor prominente para la historia de la cultura mexicana.

Señor Rector, pienso que soy portadora de un sentimiento que todos compartimos: mucho es lo que en esta nuestra nueva casa tenemos que llevar adelante para bien de México. El estudio, la difusión y la defensa de nuestro gran legado artístico es responsabilidad que la Universidad y el país han puesto en nuestras manos. De nuevo muchas gracias, señor Rector.

Ciudad Universitaria, 8 de mayo de 1987.